

RODOLFO MONDOLFO: DOCENCIA Y ETICA FILOSOFICA *

Diego F. Pró

Parece aconsejable volverse en este acto conmemorativo hacia el Maestro y la ética filosófica que había en el Dr. Rodolfo Mondolfo. Ambos aspectos de su personalidad eran inescindibles. El primero se mostraba en su docencia universitaria de la historia de la filosofía, en su actitud de servicio a los jóvenes, mejorándolos en el conocimiento y práctica de los valores, de los métodos de la investigación y en la ética de la verdad, la paz, la solidaridad y la cooperación. Esa actitud tenía raíz interior y socrática en el autoperfeccionamiento y en el ejemplo personal, hecho de contracción al estudio y los deberes éticos de los hombres. Ambos lados de su conducta, ejercidos con flexibilidad y sencillez, se apoyaban y componían entre sí.

Docencia y decencia filosóficas estaban tan unidas en el célebre maestro de la historia de la filosofía, que no había entre ellas otra separación que la de una letra. Su magisterio tenía antigua prosapia. Las raíces de su enseñanza estaban en la antigua Grecia y en la tradición cultural y filosófica de su vernácula Italia, heredera de la antigüedad Clásica y el fulgor humanista del Renacimiento.

Cada época y cada país ha tenido su peculiar estilo de enseñanza de la filosofía. Basta recordar —sólo recordar— algunos nombres suscitadores de riquezas del pensamiento para quienes, como los miembros de este Congreso son autoridades filosóficas:

(*) Palabras de homenaje en el Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía. Córdoba, 24 de setiembre de 1967.

los sofistas, Sócrates, Platón, Aristóteles, Plotino, San Agustín, los escolásticos, Leibniz, Kant, los románticos, los profesores del positivismo, el historicista Dilthey. Y en nuestro siglo el peculiar estilo filosófico de Bergson, Croce, Gentile, Heidegger, Russell, Ortega y Gasset, Zubiri y tantos otros.

Dicha raíz histórica, soterrada pero no oscura de la docencia filosófica se puede sacar a luz también entre los que han pensado filosóficamente en la Argentina, supuesto que el homenaje que cumplimos en términos de universalidad tiene como marco a nuestro país. ¿Hay que recordar aquí a Chorroarín, Alcorta, Jacques, Ingenieros, Korn, Rougés, Alberini, Romero, para mencionar sólo algunos pocos? Cada uno de ellos en su ámbito personal e histórico, todos enseñaron con estilo filosófico propio, asentados en las circunstancias filosóficas de su tiempo y lugar.

Son notables, por cierto, los sesgos nacionales de la aludida enseñanza. Los profesores de filosofía españoles, italianos, franceses, alemanes, ingleses y americanos, poseen cualidades y rasgos propios que los distinguen tanto como el fondo axiológico que alienta en sus pueblos. Es casi un lugar común destacar las notas de claridad y profundidad, espíritu social y felicidad para transmitir la sabiduría filosófica en los maestros franceses; la vitalidad penetrante, la apertura cordial y la herencia clásica de los italianos; la capacidad inventiva, la hondura y la complejidad del lenguaje técnico de la filosofía en los alemanes. Y así en los demás. Junto a esas y otras cualidades aparecen las sombras de las desviaciones: la retórica en la ideación filosófica, la pedantocracia que no puede menos que ser solemne, la volubilidad, el academismo apostólico, el apuntismo y otras depravaciones catedráticas de la filosofía.

En Rodolfo Mondolfo los principios de su estilo profesoral y ético ascendían hasta Sócrates, no tanto por la práctica del diálogo, sino por los resultados del autodiálogo que volcaba en sus clases magistrales, en todos los sentidos valiosos de dicha expresión. El sentido y la significación humanística del magisterio de Rodolfo Mondolfo los encontramos declarados por el propio Maestro en unas palabras que pronunció al recibir el doctorado *honoris causa* que le otorgó la Universidad de Córdoba en 1961. Dijo en esa ocasión: "Considero que el alto premio que se me otorga a mi

vida de estudio y a mis sesenta años de docencia es la recompensa y la satisfacción más grande a la que yo podía aspirar; y por eso creo que puede representar una enseñanza para las jóvenes generaciones, a las que la experiencia de mi vida puede mostrar que no es vano el esfuerzo que uno hace para cumplir con su deber y tratar de mejorarse siempre a sí mismo y ayudar a los otros a mejorarse y progresar". Y añadió a esas palabras: "Esto justamente decía Sócrates al sofista Antifonte, que le reprochaba su descuido hacia las ganancias y satisfacciones materiales: ¿De qué otra fuente crees que provenga un gusto tan grande, como el que deriva de sentir que uno llega a hacerse mejor y a contribuir al mejoramiento de los amigos? Pues bien, éste es el pensamiento que llena toda mi vida. Y si mi vida lograra ser una demostración de la verdad que Sócrates proclamaba, y sirviera para estimular a los jóvenes hacia el cumplimiento constante de sus deberes, estimaré haber alcanzado por esta vía la cumbre de mi misión docente". En estas palabras reconocemos la raíz profunda de donde brotaba el sentido del magisterio moral y humanístico del quehacer de Mondolfo.

Esa intencionalidad ética había sido puesta de manifiesto en el homenaje que le tributó la Universidad de Montevideo en 1957. Dijo entonces: "Me hallo en una situación análoga a la que experimentó Sócrates cuando el oráculo de Delfos contestó a su amigo y discípulo Querofonte, que Sócrates era el más sabio de los atenienses. ¿Qué quiere el Dios?, se preguntaba Sócrates asombrado. ¿Por qué me declara sabio? Sabio es quien sabe; y yo en cambio sé una sola cosa, que donde y cuando los demás afirman saber, yo reconozco que ignoro, que no sé, que no tengo conocimientos y soluciones, sino sólo la conciencia de problemas que exigen meditación e investigación". Y amplió aquella intencionalidad ética con el concepto que tenía de la filosofía, a la que consideraba como conciencia de problemas, mucho más que como construcción de sistemas y dogmas. Escuchémosle una vez más: "Esta concepción de la filosofía como problemática antes que como dogmática, me parece tener un más hondo valor, tanto intelectual como moral y humano. A este anhelo he obedecido en el largo curso de mi actividad, tratando de independizarme de todo precepto tradicional que dominara en el terreno de mis estudios,

vale decir en el campo de la historia de la filosofía y de reconstruirla en su realidad genuinamente histórica". ¿Qué objeto tendría comentar estos conceptos centrales de la perspectiva de los estudios de Mondolfo?. Basta con asentarlos.

Por cierto que a lo sobredicho, han de agregarse las condiciones personales y psicológicas del maestro. Alma tan enriquecida como la suya, trabajada con muchísimos años de honda reflexión, se complacía en el rigor como en la claridad profunda de sus lecciones. Producía la impresión de los que descienden con su linterna a las profundidades de los problemas filosóficos para volver a la luz con los resultados de sus búsquedas. Testimonios lejanos y próximos coinciden. Entresacamos dos, uno que viene de aquellos lejanos comienzos del año 1919, cuando Mondolfo acababa de regresar del frente en la primera guerra mundial y retomaba sus tareas en la Universidad de Bolonia. Pertenece al doctor Héctor Preziosi, antiguo alumno suyo: "La filosofía griega que Mondolfo conocía profundamente, se convertía para nosotros en escuela de vida y de carácter". Y este otro de 1962, del Dr. Aldo Testa, profesor de la misma Universidad: "Lecciones las tuyas que, en efecto parecían escritas, porque con la segura posesión de su vasta cultura, su lucidez de pensamiento ha sido siempre tal que sus argumentos nos resultan dictados (dictados para ser escritos; justamente como al escribir usted *dictaba* para ser escuchado) en el fluir de un convincente discurso que alcanzaba la claridad propia de la auténtica profundidad". Concertados con esos testimonios, y dentro del arco temporal dibujado por sus fechas, se pueden allegar otras páginas igualmente verificadoras de importantes pensadores de Italia contemporánea y actual: Guido de Ruggiero, Ugo Untersteiner, Adolfo Levi, Ugo Spiritu, Enrico Bassi, Renato Treves, Gabrielle Giannatoni. Pasemos...

Testimonios sustantivos de la docencia filosófica de Mondolfo se encuentran en circunstancias de espacio y tiempo más inmediatas a nosotros. Aludimos a su actuación en las universidades de la Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Estados Unidos de Norteamérica y Puerto Rico. Confirman lo que llevamos asentado: ¡Lástima grande que toda transcripción, aun con jadeo de telegrama, sea imposible! Así y todo, por lo menos aludimos a los autores de esas páginas testimoniales: Werner Jager, M. Marco-

vich, Luis Farré, Eugenio Pucciarelli, Abraham Waismann, Alberto Caturelli, Juan Adolfo Vázquez, Djacir Menezes, Constantino Láscaris, Adelmo Montenegro, M. H. Alberti, Luce Fabbre, Luis de Filippo... Todos coinciden en atribuir a Mondolfo la forma filosófica de la ideación, tan distinta a la ideación puramente literaria o imaginativa, y en la constante lección de sabiduría y modestia que era su vida.

Su docencia filosófica se dilató durante varios años en las universidades argentinas de Córdoba y Tucumán. En la primera enseñó historia de la filosofía y griego desde 1940 hasta 1947. En la segunda desde comienzos de 1948 hasta 1952 de modo permanente y luego intermitentemente a través de cursos breves.

De la labor docente de Mondolfo en las aulas cordobesas han quedado algunos testimonios de colegas y discípulos. Entre ellos recordamos los de Alberto Caturelli, Adelmo Montenegro y Abraham Weismann. Escuchemos al primero: "Con él hice historia de la filosofía y no falté nunca a sus clases nerviosas, incisivas, eruditas... Ocupaba la silla detrás de una mesa, delante de la cátedra del aula 'Aristóteles', a la que nunca subía... Si pensamos que profesor es aquel que profesa y en el acto de profesar enseña, Mondolfo era un excelente profesor y un argumento vivo contra los que hablar mal de la clase magistral. Mondolfo entraba en el aula, ponía sus papeles sobre la mesa, leía los textos y exponía con gran claridad. Por primera vez en mi vida me di cuenta asistiendo a sus clases, cómo se trabaja con los textos y cómo debía manejar las fuentes; no fue necesario que nadie viniese a decírmelo. Recuerdo especialmente... un curso especial sobre Leibniz. A través de este curso me di cuenta cómo había hecho el profesor para investigar, para ensamblar textos, para ambientar históricamente el problema, en fin, para mostrarnos a quienes le escuchábamos una construcción acabada; claro que esto debe entenderse bien, porque nunca se trataba de un edificio terminado porque eso es imposible y mucho más en el pensamiento historicista de Mondolfo; cuando digo construcción acabada, me refiero al valor expositivo y docente de la clase". ¿Qué sentido tendría comentar aquí este testimonio de Caturelli?

En el mismo homenaje a que hemos hecho referencia, donde la Universidad de Córdoba confirió a Mondolfo el título de doc-

tor *honoris causa*, el decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Prof. Adelmo Montenegro aludió a los méritos docentes y de investigador del ilustre profesor. Dijo entre otras cosas: "Pronto se convirtió en una figura familiar para los estudiantes y colegas del Instituto. Atrajo a los primeros por la espontánea sencillez de todos sus actos, dentro y fuera de la cátedra, por el método y la transparencia de sus lecciones, que se sobreponían a las dificultades de los primeros contactos de la lengua española hablada, en que desde el primer momento puso su comunicación intelectual. En la austeridad de su expresión, exenta de tiesuras artificiales, apenas se contenía el fervor educativo con que se dirigía a un auditorio joven, en cuya perspectiva histórica se le aparecía, sin duda la juventud de una nación y un continente que, sin embargo guardan, del siglo XVI en adelante, una irrompible conexión con la cultura europea... Mondolfo era hasta ese momento, la más completa personalidad filosotica que en los años del siglo había asumido entre nosotros el ejercicio regular de la docencia superior y era poseedor no sólo de una amplia y rica formación sino, también, un investigador genuino, que aplicaba a la investigación de las ideas, al análisis de los complejos espirituales el más severo rigor". Bien se ve la proyección del magisterio de Mondolfo en aquellos años de su enseñanza en Córdoba.

No queremos dejar de lado el testimonio del Dr. Weismann, otro de sus discípulos en la Universidad de Córdoba, al cumplirse el nonagésimo aniversario de su nacimiento en 1967. Retenemos solo unos renglones de su perfil intelectual y personal: "Si no tomáramos en cuenta lo que Mondolfo representa como profesor y como sabio, si supiéramos que su eficacia como portador de espíritu ha de limitarse al influjo que ha derramado su personalidad moral, podemos asegurar que con él sólo ha dejado un rastro hondo en todos los que le conocieron y que este rastro no se barrará jamás. Creo que muchos podríamos decir que ha sido el más alto ejemplar de humanidad que hemos conocido. Cuando se conoce un hombre así, se reconcilia uno con la humanidad. Su bondad era inagotable, y era profunda, profunda como la noche. No he conocido ningún hombre más exento de odio y en general de bajas y pequeñas pasiones". Es verdad lo que dice Weismann: Mondolfo prolongaba la actitud de los sabios de Sión, de los sa-

bios de Grecia, de los sabios del Renacimiento italiano y del humanismo cristiano.

De sus años en Tucumán podemos hablar por experiencia directa. Cuando inició sus tareas en 1948, contaba con 71 años. Llegaba en bicicleta al Instituto de Filosofía. Más allá de lo que pueda haber de anecdótico en la referencia, trasciende a ella la actitud total del verdadero maestro que enseña siempre. Llevaba indefectiblemente un enorme y usado portafolio europeo. Caminaba con brío, saludaba con cortesía y con palabras dichas a media voz, no escondidas. Sonreía con parquedad e irradiaba bondad. No era exteriormente efusivo, pero parecía por la vivacidad de su mirada secretamente apasionado. Impresionaba por algunos detalles de su cuerpo fornido, de cuello taurino y talla mediana; su tez era tostada, como uno de esos rostros del sur de Italia, sin serlo él, que había nacido en Senigallia, en el mediodía de la península, el 20 de agosto de 1877. Su rostro decía mucho de su vida interior, con sus ojos castaños, su blanca barba y sus gruesos bigotes y también blancos, con cejas espesas.

En sus clases salía Mondolfo de su parsimonia habitual y se ponía en tensión. Sus ojos mostraban el enorme esfuerzo de lecturas complicadas, que se traducía en un nervioso mudar de anteojos para mirar a lo lejos o para ver de cerca los textos antiguos o las notas manuscritas de sus lecciones. Hablaba por entonces un español claro, correcto, sumamente preciso, sin serpentinas oratorias, pero con el fulgor interno de su pensamiento elaborado. Fluída de su actitud y de su carácter un ejemplar equilibrio anímico. Sus clases eran de claridad meridiana, selectas, eruditas, sea que versaran sobre la formación de la filosofía presocrática (1949), sobre Heráclito (1948 y 1949) o el sujeto humano de la antigüedad clásica (1950). Examinaba en sus cursos de seminario el planteo de los problemas filosóficos y sus cambios y transformaciones históricas. En el encadenamiento de las ideas mostraba gran coherencia, resultado de sus métodos de investigación y su espíritu crítico. Era patente su inmensa erudición y la originalidad de sus investigaciones, que su buen gusto no hacía pesar sobre nadie en el trato de la vida cotidiana, y su dominio de la conexión histórica de los problemas y sistemas filosóficos.

Como maestro formado en las disciplinas clásicas, cultivaba la amistad hasta en sus días extremos. Hasta poco antes de su fallecimiento, ocurrido el 15 de julio de 1976, sus amigos cercanos de Buenos Aires o lejanos sólo en la distancia, recibían de él en trato directo o en su correspondencia nunca retaceada, manifestaciones de afecto, bondad, sabiduría, solidaridad y entereza de ánimo. Murió preocupado por las condiciones históricas de la Argentina, su patria adoptiva, en la que enseñó durante treinta y seis años, casi tanto como en Italia, y de todo el mundo en que vivimos. Serenidad, paz, comprensión, solidaridad eran sus deseos en sus altos años, tanto para los que lo trataban en el ámbito personal y amistoso, como para el conjunto de sus amigos, para la Argentina, para Italia y la humanidad. Sus virtudes de Maestro, que fueron llama pura en su juventud, lo acompañaron hasta el final. Argentina e Italia guardarán siempre en su memoria filosófica y cultural el preclaro ejemplo del magisterio de Rodolfo Mondolfo por lo mucho que a ellas ha servido.

Es cuanto quería decir.